

TODAS LAS
PALABRAS
QUE NO ME
HAN DICHO

Véronique Ponlain



NUBE DE TINTA

VÉRONIQUE POULAIN

Todas las palabras
que no me han dicho

Traducción de **Noemí Sobregués**

www.megustaleerebooks.com

*A mis padres,
a mi familia,
a mis hijos
y a Nicolas, su padre*

Gainsbourg: Digo «Te quiero, yo tampoco» porque, por pudor, finjo no creerla.

Periodista: Pero ¿es usted capaz de decir «Te quiero»?

Gainsbourg: No.

Periodista: ¿Es un complejo?

Gainsbourg: Sí, puede ser.

Periodista: ¿Le resulta difícil decir «Te quiero»?

Gainsbourg: Todo el mundo lo dice. Yo querría decir otra cosa.

Extracto de *Serge Gainsbourg*.
Pensées, provocs et autres volutes

Mis padres son sordos.
Sordomudos.
Yo no.

Yo soy bilingüe. En mí habitan dos culturas.

Durante el día: la palabra, el discurso y la música. El ruido.

Por la noche: el signo, la comunicación no verbal, la expresión corporal y la mirada. Cierta silencio.

Cabotaje entre dos mundos.

La palabra.

El gesto.

Dos lenguas.

Dos culturas.

Dos «países».

Le tiro de la falda para que me mire.

Se gira, me sonrío y traza un movimiento con la cabeza que significa: «¿Sí?».

Con la cara hacia arriba, me golpeo el pecho con la mano derecha: «Yo». Me meto los dedos en la boca, los retiro y me los vuelvo a meter: «Comer».

Mi gesto es algo torpe. Se ríe.

Desplaza la mano de arriba abajo por el pecho, como si se cogiera el corazón para colocárselo en la barriga: «Hambre». Así se dice en el país de los sordos.

Sí, mamá. Tengo hambre.

También tengo sed. Busco a mi madre. Es la época en la que doy mis primeros pasos. Avanzo hasta la cocina tambaleándome y pierdo el equilibrio. Mi madre se gira instantáneamente y me agarra en el último segundo.

Pero no ha oído nada.

Cuando me pasa algo, siempre lo siente.

No me oyen, pero ¡vaya si me ven! No puede pasarme nada. Mis padres no me quitan ojo.

Y no solo ojo. Me tocan mucho. Las miradas y los gestos sustituyen a las palabras. Una sonrisa. Una caricia en la mejilla. Las cejas fruncidas para quejarse. Besos y achuchones para decirme: «Te quiero».

No está tan mal. Aunque me gustaría mucho que me besaran más a menudo. Sobre todo, mi padre.

Nuestro piso es diminuto.

Duelmo en la misma habitación que mis padres.

Por la noche nunca lloro. No sirve de nada. De todas formas, no me oyen.

Mi madre se levanta dos o tres veces cada noche para verificar que duermo bien, que —por ejemplo— no me he muerto mientras dormía.

De más mayor, cuando sé andar, me levanto y los despierto si quiero algo o si necesito que me tranquilicen después de una pesadilla.

Pero no suele pasar. Soy una niña que duerme muy bien. Impermeable a todo ruido. Tengo un sueño tranquilo.

Mi madre cose.

Me siento a su lado y la observo. En silencio. De vez en cuando me lanza una mirada y me sonrío.

Tiene alfileres en la boca mientras cose y, cuando ya no los necesita, los clava en una bola de raso rojo rodeada de pequeños chinos multicolores también de raso. Me gusta jugar con el raso. Es suave y bonito.

Mi madre deja la costura, me quita la bola de las manos, señala un muñeco, articula «Naranja» con la boca y añade el gesto a la palabra. Repito después de ella. La imito.

Luego le toca al azul, el rojo, el amarillo...

A veces hago el gesto al revés, lo que no quiere decir absolutamente nada.

Entonces me corrige.

Acabo de aprender los colores con ella.

En las dos lenguas.

Mi madre tiene una voz rara. No habla como la gente en la calle. Pero es mi madre y la entiendo.

Durante el día me cuida mi abuela.

18.30. Mis padres llegan del trabajo y es hora de que vuelva con ellos. Mi pequeña mano agarra la barandilla. Bajo con cuidado la escalera, escalón a escalón. Vivimos en el piso de abajo.

Mi padre abre la puerta. Abro la mano, me toco la boca con la palma y hago como si le enviara un beso. Quiere decir: «Hola». Luego me lanzo a sus brazos y le doy un beso.

Así, paso de una planta a la otra y de un estado al otro en un chasquido de dedos.

En el tercero, con mis abuelos, oigo y hablo. Mucho. Muy bien.

En el segundo, con mis padres, soy sorda. Me expreso con las manos.

Lorena, 1935. Suzanne se casa con Pierre. Nacen dos niños. Henri, el mayor, que llegará a ser profesor de derecho en la Universidad de Estrasburgo, y unos años después, en 1939, Jean-Claude, el menor.

Jean-Claude tiene nueve meses. Lloro demasiado a menudo. Los dientes, seguramente. Es la edad. Pero no. Tiene convulsiones y pone los ojos en blanco. Hospital de urgencias. Diagnóstico de encefalitis. Consecuencia: no volverá a oír. La vida de Jean-Claude da un vuelco. En un suspiro ha pasado del ruido al silencio.

A los seis años, Jean-Claude entra en un internado. Lo dejan en manos del Instituto Nacional de Jóvenes Sordos de Metz. En la adolescencia opta por un ciclo formativo de zapatero. Junto con la carpintería, es el único oficio que ofrece el instituto de Metz. Su mejor amigo, un etíope que ha ido a parar a Lorena, Asrat, decide estudiar en París, en el Instituto Nacional de Jóvenes Sordos de la calle Saint-Jacques. Para los sordos, París es Eldorado. La capital está llena de posibilidades: asociación de sordos, club de fútbol de sordos, residencia de sordos... Es absolutamente necesario que Jean-Claude se vaya con él. Quiere presentarle a una amiga.

Además, en Gambetta se ha organizado un gran baile para los sordomudos. Jean-Claude coge el tren.

Allier, 1937. Robert es el preferido de las damas. Pintor decorador los días laborables, y acordeonista el fin de semana, el músico hace suspirar a las chicas de los pueblos de los alrededores. Recorre toda la zona con su instrumento a cuestas. La vida es dulce y alegre. Esta noche toca en una boda en Saint-Priest. Aparecen las chicas a mirarle. Y hay una que le parece muy guapa, con sus grandes ojos verdes, su vestidito de flores y su aire tímido. Robert empieza a tocar una java. Le sostiene la mirada. Con una medio sonrisa. Se llama Alice y es hija de los aparceros de la granja de al lado.

Boda. Una semana después Alice está embarazada.

La joven pareja se instala en casa de los padres de Robert. Alice no trabaja, será ama de casa. Él sigue con su trabajo, un poco menos con los bailes. La guerra se eterniza. Los hombres mueren y las mujeres no tienen ánimos para bailar.

Octubre de 1941. Alice trae al mundo a una hija, Josette.

La niña, risueña y despierta, a veces se despista. Demasiado. La pequeña no siempre reacciona al ruido. Está en su mundo. Poco a poco la angustia oprime a Alice. Algo no va bien. Alice da palmadas y golpes contra los muebles. Veinte veces al día. Josette da un brinco una vez de cada dos.

La puerta se cierra de golpe. Josette se sobresalta. ¡Uf! Todo va bien...

Un día, Josette engancha con un bastón los botes de loza de un estante. Un estruendo espantoso. Alice corre hacia ella. Josette, imperturbable, no se ha dado cuenta de nada.

Diez meses. Diez meses para rendirse a la evidencia. La niña solo reacciona a los ruidos acompañados de un movimiento perceptible o de una vibración. Le basta con detec-

tar una sombra o un movimiento del aire para girarse, viva como el rayo. Bonita ilusión.

Josette es sorda.

Sorda y muda.

Al cien por cien.

Junio de 1944. Nace el segundo hijo: Guy.

Como ya han vivido la experiencia, esta vez el veredicto llega en unas semanas. Implacable.

Sordo también. Como una tapia.

Robert y Alice se quedan destrozados.

¿Por qué les cae encima algo así? ¿Por qué a ellos?

Dos discapacitados. Sus hijos son dos discapacitados. Aunque en la familia no hay ninguno. ¿Qué le han hecho a Dios para merecerlo?

A diferencia de su hermana, Guy no intenta hablar, no intenta comunicarse. Mira y observa. Y dibuja. La tiza se convierte en la extensión natural de su mano. No necesita palabras o letras como intermediarias. Su cabeza, su mano, su tiza y la pizarra. El dibujo.

Y sus dibujos no se parecen en nada a los de los niños de su edad. Sin florituras. Trazo preciso y directo. Guy, que solo tiene tres años, es sin duda torpe, pero refleja exactamente lo que quiere expresar.

El niño puede pasarse horas contemplando cómo se forma una gota de agua en el grifo, se hace grande y cae.

Su hermana y él son dos niños agradables, pero la comunicación con sus padres es difícil. Hay que colocarse delante de ellos para hablarles. Si se dan media vuelta o están en la habitación de al lado, hay que ir a buscarlos. Hay que encontrar la manera de hacerse entender. Una mezcla de mí-

mica (cuando es posible) y de palabras. Las más sencillas, articuladas exageradamente.

Robert está hundido. Quería casarse y tener varios hijos. Quería que estudiaran. Él solo tenía un certificado de estudios primarios.

Quería que fueran músicos. Como él.

Ironías del destino.

Josette va a cumplir seis años. La matriculan en un internado mientras se instalan en la capital.

¡Dios mío, el internado!

Niños sordos que gritan como animales.

Mongólicos.

Discapacitados psíquicos.

Monjas malvadas que los meten en un armario por cualquier tontería.

¡El infierno en la Tierra!

Josette no se queda mucho tiempo. Unas semanas, como mucho. Robert y Alice encuentran un piso, se instalan en París y matriculan a los dos niños en el Instituto Nacional de Jóvenes Sordos. Empieza una nueva vida. En la capital, la mirada de los demás no es tan feroz. Alice y Robert podrán mezclarse entre la multitud y quizá ofrecer un futuro mejor a sus hijos. Un futuro en el que no los consideren retrasados mentales.

Robert encuentra trabajo como yesero. El acordeón se ha desplazado a París con él, pero la página de la música y de la gloria ha quedado atrás. Lo sabe. Nacido para la música, todo oído, y con dos hijos sordos. El colmo. Una broma pesada de la vida. Poco le falta para echarse a reír.

Alice tiene sentido del sacrificio. Eso la salva. Carga con su cruz por París, todas las mañanas y todas las tardes. Kilómetros a pie o en autobús para llevar a sus niños a la es-

cuela, la única escuela especializada, la de la calle Saint-Jacques. Y pese a lo que carga a sus espaldas, sonrío.

Josette crece. Se convierte en una chica muy atractiva. Alegre y rodeada de amigos —todos sordos— a los que ha conocido durante su escolaridad. Su padre la sobreprotege. Le ha llegado el momento de encontrar novio.

Da la casualidad de que en Gambetta se ha organizado un gran baile. Va con su amigo Asrat, que quiere presentarle a un amigo.